



Irracionalidad

Una historia
del lado oscuro
de la razón

Justin E. H. Smith



IRRACIONALIDAD

TEZONTLE



Francisco de Goya, *El sueño de la razón produce monstruos* (1799).

JUSTIN E. H. SMITH

IRRACIONALIDAD

*Una historia
del lado oscuro
de la razón*

Traducción de Lilia Mosconi



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - CHILE - COLOMBIA - ECUADOR - ESPAÑA
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA - GUATEMALA - PERÚ - VENEZUELA

Primera edición en inglés, 2020
Primera edición en español, 2021

Smith, Justin E. H.

Irracionalidad : Una historia del lado oscuro de la razón /
Justin E. H. Smith. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Fondo de Cultura Económica, 2021.
398 p. ; 23 x 16 cm. - (Tezontle)

Traducción de: Lilia Mosconi.
ISBN 978-987-719-275-9

1. Filosofía de la Ciencia. 2. Filosofía de la Historia. I. Mosconi,
Lilia, trad. II. Título.
CDD 120

Distribución en América Latina

Imagen de tapa: Amanda44

Título original: *Irrationality. A History of the Dark Side of Reason*
ISBN de la edición original: 978-0-691-21051-3
© 2020, Princeton University Press

D.R. © 2021, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.
Humboldt 2355, 2° piso; C1425FUE Buenos Aires, Argentina
fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar
Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
Carretera Picacho Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México
www.fondodeculturaeconomica.com

Diseño de tapa: Juan Pablo Fernández
Diagramación de interior: Hernán Morfese
Corrección: Laura Palomino y Julia Taboada
Edición al cuidado de Yanina Gómez Cernadas y Mariana Rey

ISBN 978-987-719-275-9

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier
medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada
o modificada, en español o en cualquier otro idioma,
sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA - *PRINTED IN ARGENTINA*
Hecho el depósito que marca la ley 11723

Índice

<i>Prefacio</i>	15
<i>Preámbulo. Asesinato de un matemático</i>	25
<i>Introducción</i>	31
Gemela de la razón	31
De la Ilustración al mito	32
El momento presente	40
Irracionalidad: un mapa de ruta	48
I. <i>El pulpo que se devora a sí mismo, o la lógica</i>	57
La operación de la falsedad	57
Explosiones	62
Kaspar Hauser y los límites de la elección racional	67
Hablar de lo inefable hasta el cansancio	72
II. <i>No-Brainers, o la razón en la naturaleza</i>	85
Una totalidad ordenada	85
Bestias brutas	91
Un superpoder imperfecto	101
Pequeños puntos de dolor	107
III. <i>El sueño de la razón, o los sueños</i>	111
Al despertar	111
El quebranto de la ley	118
Espíritus, vientos, vapores	123
Oír voces	129

Embrioncitos resentidos.	135
<i>Postscriptum fabulosum</i>	140
IV. <i>Sueños transformados en cosas, o el arte</i>	141
Muchos mundos	141
Derramamientos	144
Genios, genio e <i>ingenium</i>	151
¿Qué es el arte?	160
Los dos magisterios.	168
V. <i>“Creo porque es absurdo”, o la pseudociencia</i>	179
Bajar a tierra el signo de los astros.	179
Que florezcan mil flores.	187
Hechos alternativos, o alternativas a los hechos.	196
El estilo paranoico del siglo XXI.	211
VI. <i>La Ilustración, o el mito</i>	219
Mejor la luz	219
El espíritu del mundo a caballo	227
Historia poética	233
De la Ilustración al mito, una vez más	242
¿Por qué la democracia?.	255
VII. <i>La bestia humana, o Internet</i>	261
Una conmoción “escargótica”	261
El Shiva moderno	266
Nada de lo humano me es ajeno	276
Más malestares de género	281
Una era de extremos.	293
VIII. <i>Explosiones, o chistes y mentiras</i>	297
En nada.	297
<i>Charlie Hebdo</i> y después	298
Pseudología <i>generalis</i>	307
Croar	317
IX. <i>El silogismo imposible, o la muerte</i>	323
“En el largo plazo, todos habremos muerto”	323

Elecciones radicales	328
Juventud y riesgo	332
El silogismo imposible	338
Átame	347
Cultos al cargamento	351
En amorosa repetición	360
<i>Conclusión</i>	363
<i>Agradecimientos</i>	367
<i>Bibliografía</i>	369
<i>Índice de nombres y conceptos</i>	391

Este libro está dedicado a la memoria de Kenneth von Smith (1940-2016).

Porque para cada filosofía hay ciertas partes traseras, partes que son muy importantes, y que, como la parte trasera de nuestra cabeza, se ven mejor por medio de la reflexión.

Herman Melville, *El estafador y sus disfraces* (1857)

Prefacio

ESCRIBO esto mientras comienzo mi trigésimo segundo día de cuarentena en un pequeño apartamento de Brooklyn. La ciudad de Nueva York es por el momento el centro indiscutido de la pandemia mundial de coronavirus. Hace ya tres semanas que no salgo, luego de haber experimentado unos síntomas leves y tratar sin éxito de hacerme un hisopado. El único sonido común que se oye desde la ventana es la sirena de las ambulancias que van al hospital de la otra cuadra. Ayer hubo un número récord de muertes en Nueva York; tal vez ese haya sido el pico —nos decimos a nosotros mismos— y ahora comenzaremos a ver “un aplanamiento de la curva” (nuestra habla cotidiana también se ha infectado, pero con el lenguaje de la visualización de datos). He visto en Internet fotografías de los camiones frigoríficos que se estacionan frente al mismo hospital para almacenar el excedente de cadáveres, como una suerte de morgue improvisada.

El futuro es incierto. Seguramente el panorama ya se verá muy distinto, sea más promisorio o más sombrío, cuando llegue el momento de enviar estas líneas a la imprenta. No cabe duda de que vivimos un momento aterrador. Y, sin embargo, si no fuera por las sirenas y por el temor de lo que pueda ocurrirles a nuestros seres queridos, también sería tentador describirlo como un momento de rara tranquilidad. Es una grieta en la historia, una suspensión entre dos eras, que nos invita a evaluar el pasado más reciente con una lucidez recién adquirida.

Irracionalidad pertenece sin duda a la era precorona, y sin embargo es de esperar que su llegada sobre el final de dicha era lo con-

vierta en algo así como una misiva del pasado reciente que también está preñada del momento actual. Nosotros no sabíamos que llegaría un nuevo virus para catapultarnos al siguiente capítulo de la historia (o bien, para decirlo con mayor precisión, los epidemiólogos lo sabían, o lo creían probable, aun cuando nuestro irracional orden político no se mostrara dispuesto a escucharlos), pero estaba claro que cualquier número de acontecimientos detonantes podría habernos catapultado con la misma eficacia.

Decir que el pasado reciente estaba preñado del tiempo actual equivale a decir, entre otras cosas, que las tendencias cuyo latido nos costaba detectar hace apenas unos años hoy han completado el proceso de parto y se encuentran a plena luz del día, pataleando y gritando a la vista de todos. Si la relación entre la pseudociencia, la medicina alternativa y el populismo de derecha, por ejemplo, era antes algo con lo que solo estaban familiarizados algunos académicos y ciertos analistas particularmente sagaces, hoy ha pasado a ser un elemento central de nuestra vida cívica, evidente para cualquiera que preste siquiera la más mínima atención. El argumento según el cual todas las religiones organizadas exhiben una tendencia similar a perjudicar y estafar a sus creyentes —por citar otro ejemplo— puede haber parecido una generalización excesiva y grosera hasta hace poco tiempo; las almas generosas pueden haberse visto impulsadas a replicar que estos perjuicios no se condicen con el verdadero espíritu de la religión, que eleva a las personas y confiere sentido a su vida. Sin embargo, hoy presenciamos una convergencia mundial, una unificación interreligiosa que alía a los judíos ortodoxos de Brooklyn con los cristianos ortodoxos del Cáucaso, los cristianos evangélicos de Florida y los hindúes nacionalistas de Delhi, en cuyo marco todos ellos rechazan con actitud desafiante las medidas de distanciamiento social, reclamando su derecho a congregarse físicamente en espacios compactos para celebrar sus oficios habituales.

Algunos sacerdotes de Tiflis afirman que el Espíritu Santo impide el ingreso del virus a los lugares de culto.¹ El pastor Tony Spell, de Luisiana,

¹ Giorgi Lomsadze, "Coronavirus Testing Georgia's Faith in Its Church", en *Eurasianet*, 23 de marzo de 2020. Disponible en línea: <<https://eurasianet.org/coronavirus-testing-georgias-faith-in-its-church>>.

adoptó una estrategia diferente cuando anunció que “el virus [...] está políticamente motivado”.² Tras ser acusado de violar un decreto del Poder Ejecutivo contra las grandes congregaciones, el pastor Spell, en un súbito viraje, reconoció que el virus puede ser real, e incluso afectar tanto a los creyentes como a los no creyentes, e incluso atravesar las puertas de la iglesia, pero que los auténticos cristianos se relacionan con la aflicción y con la muerte de una manera que los diferencia fundamentalmente del interlocutor secular racional que imaginan los funcionarios de la salud cuando emiten sus decretos y lineamientos. Tal como “en el caso de cualquier revolucionario, o de cualquier fanático, o de cualquier persona puramente religiosa —dijo Spell—, la muerte se [nos] aparece como una amiga bienvenida”.³

Resulta difícil, o en verdad imposible, discutir con el pastor acerca de este punto. En contraste con su posición inicial sobre el virus como invención política, Spell no ofrece una interpretación alternativa de los datos fácticos sobre el mundo. No niega que el virus sea real, ni dice que es real pero que los funcionarios nos mienten acerca de sus verdaderos efectos. Lejos de ello, dice que el virus es real y capaz de matarnos, pero que los creyentes se diferencian de los no creyentes por su posición existencial en relación con la muerte. E incluso, astutamente, Spell reconoce que su postura no solo es afín a la de otros creyentes, sino que también es compartida por revolucionarios y fanáticos de toda índole: por todo aquel, en resumen, que abandone la racionalidad para entregarse a la irracionalidad.

No hay manera de discutir con un fanático, y el fanático ama las crisis, tal vez en especial las crisis naturales que arrasan con nuestro frágil mundo social, así como con todas sus comodidades temporarias y todas sus defensas contra la indiferencia de la naturaleza. Tal como el fanático, el virus no

² Polly Mosendz, “Some Megachurches Are Still Packing in Crowds”, en *Bloomberg News*, 29 de marzo de 2020. Disponible en línea: <<https://www.bloomberg.com/news/articles/2020-03-29/some-megachurches-pack-in-crowds-amid-covid-19-warning-flares>>.

³ Sky Palma, “Death Is a Welcomed Friend’: Pastor Calls on Christians to Defy Coronavirus Lockdown - Even if It Kills Them”, en *RawStory*, 8 de abril de 2020. Disponible en línea: <<https://www.rawstory.com/2020/04/death-is-a-welcomed-friend-pastor-calls-on-christians-to-defy-coronavirus-lockdown-even-if-it-kills-them/>>.

demuestra el menor interés por nuestras insignificantes vidas humanas. Tal como el fanático, el virus no admite discusión, sino solo contención.

* * *

Mientras escribía *Irracionalidad*, me cuidé de evitar el excesivo hincapié en personajes que pudieran caer en el olvido relativamente pronto. Despaché con la mayor brevedad posible las controversias en torno a Jordan B. Peterson, por ejemplo, y, como era de esperarse, su estrella ha descendido hacia el horizonte en los meses intermedios. Algunos me advirtieron, durante el tiempo de escritura, que debía ser similarmente cauteloso en mi involucramiento con la persona y el fenómeno de Donald J. Trump. Sin embargo, si el lector está leyendo este prefacio en un momento cercano a la salida de la edición rústica en inglés, posiblemente advierta que Trump todavía dista de haber caído en el olvido y que, por mucho que nos haya ayudado a comprender la irracionalidad en la era precorona, su conducta en estos tiempos de pandemia es aún más instructiva.

Con la autoidolatría como único sistema de creencias, aparejada a una falta de fe tanto en la religión como en la ciencia, el actual presidente de Estados Unidos pasa de respaldar a los cultos religiosos de la muerte y a los conspiracionistas según los cuales el virus no es sino una ficción al servicio de oscuras fuerzas políticas, en un momento, a esforzarse por deferir a la opinión de los expertos en epidemiología mientras pregona remedios no comprobados cual estafador decimonónico que vende elixires de puerta en puerta, en el momento siguiente. Tal como veremos en el capítulo v, Trump ya flirteaba en 2014 con el movimiento antivacunas, no porque hubiera asumido un compromiso real con la oposición a la ciencia inmunológica, sino porque entendía instintivamente que su oportunidad de llegar al poder radicaba en su capacidad de enturbiar las aguas, de sembrar el recelo y la desconfianza en relación con los expertos. Si aún quedaba alguna duda antes de la reciente crisis, ahora, mientras Trump promociona una droga contra la malaria como cura no comprobada ni aprobada para una enfermedad viral, no podría resultar más claro el hecho de que sus anteriores gestos de apoyo al movimiento antivacunas formaban parte de un patrón más extendido: el debilitamiento de la

confianza en la autoridad epistémica de los demás como parte integral del trumpismo.

Ni siquiera un Estado ideal, gobernado por el soberano más justo, estaría en perfectas condiciones de responder a un virus que, cabe reiterar, no se interesa en absoluto por el bienestar de los seres humanos. Hasta los países mejor preparados y racionalmente gobernados registraron al menos algunas muertes, y sus medidas han suscitado serios problemas en materia de libertades cívicas y de vigilancia gubernamental que no van a desaparecer una vez resuelta la crisis de la pandemia. El problema más grave de Estados Unidos no es la cantidad de muertes que habría sido posible evitar con un mejor manejo de la crisis, sino más bien el hecho de que las personas a cargo del poder hayan sido incapaces de procesar, de aprender o, al menos, de reconocer las lecciones significativas que enseña el virus sobre la fragilidad de la sociedad humana y su inserción en un mundo natural que nos supera con creces en tamaño y en poder. Dicho fracaso no se ha manifestado en Estados Unidos principalmente como insensatez común del ser humano o belicismo pseudomasculino fuera de lugar (aunque sí vimos una muestra de ese espíritu en el llamado pretendidamente churchilliano de Boris Johnson a que los británicos se prepararan para hacer frente a la adversidad, y aunque Trump también ha recurrido en ocasiones a la torpe metáfora de la guerra), sino apenas como una indiferencia del *sauve-qui-peut* [sálvese quien pueda] frente al sufrimiento de las grandes mayorías, en cuyo marco los ultrarricos siguen encontrando maneras de sacar partido, los estados de la unión se ven instados a enfrentarse por la ayuda federal, y el ejecutivo en funciones continúa regodeándose con sus índices de audiencia televisiva. Puede decirse, entonces, que esta no es sino la manifestación más reciente del desinterés por la realidad que demuestra el partido reinante en Estados Unidos, de su indiferencia por los datos fácticos y de su impermeabilidad a las lecciones de cualquier tipo.

La indiferencia del virus respecto del bienestar humano podría ofrecer a algunos la oportunidad de aprender una lección valiosa. En el capítulo II, exploro la idea (a menudo subterránea, pero siempre presente en la historia de la filosofía) según la cual la racionalidad no tiene su sede en la mente ni en el alma del ser humano, sino que reside en la naturaleza como totalidad, y que todo lo que hace la naturaleza es racional por el solo he-

cho de que es la naturaleza, gobernada por leyes e infalible, la que lo hace. Esta hipótesis puede resultar más comprensible cuando contemplamos la órbita armoniosa y regular de los planetas, o bien el ascenso y el descenso de las mareas, que cuando observamos la destrucción causada por un meteorito, los niveles ascendentes del mar o la acción de un virus. Pero los cataclismos repentinos, o siquiera las lentas desviaciones respecto de lo conocido, no demuestran la irracionalidad de la naturaleza en mayor medida que su funcionamiento mecánico y regular; apenas arrojan luz sobre su indiferencia en relación con los deseos e intereses humanos. Desde Epicteto hasta Spinoza y sus sucesores, muchos filósofos nos han advertido sobre el peligro de confundir la realización de esos deseos con la justicia propiamente dicha. Sin embargo, a lo largo de los últimos siglos, los seres humanos nos hemos vuelto tan eficaces en la habilidad para separar el mundo no humano de nuestra realidad social que, cuando la naturaleza se nos viene encima con todo su estruendo, tal como Horacio nos advirtió que siempre ocurriría, nos cuesta ver ese acontecimiento como otra cosa que una injusticia, e incluso una afrenta. Existe una idea muy arraigada y difícil de desestabilizar según la cual *debería* haber eliminatorias de la NBA, o Disneylandia *debería* estar abierto al público. Nos hemos esforzado mucho por llegar a un punto en que ese “debería” parece albergar una fuerza real e inherente, de modo tal que a muchos de nosotros, incluidos los intelectuales, nos resulta cognitivamente difícil apreciar la fragilidad del artificio subyacente a dicho juicio normativo.

Yo personalmente no echo de menos en absoluto los rituales y el tribalismo de los deportes profesionales. Hay experiencias colectivas obliteradas del yo cuya profundidad supera por mucho cualquier cosa que pueda lograrse con la hinchada comunitaria por el equipo deportivo local, y esas son las que realmente anhelo recuperar: los conciertos, los clubes nocturnos y —sí— también todos aquellos servicios religiosos que no sean ilícitos. Me compadezco de los trabajadores que han perdido la posibilidad de ganarse el sustento en la industria de los restaurantes; sin embargo, no extraño más que a la NBA los absurdos e infantilizantes rituales gastronómicos del “culto al cargamento”: los descomunales pimenteros y otros múltiples utensilios, las presentaciones penosamente falso-sinceras del camarero, con la consiguiente recitación de los platos del día, así como el

afectado lenguaje del menú, que ofrece cebollas “caramelizadas” y “toques de enebro” en cerveza. ¡Basta de esas cosas!

En estos días me descubro de repente acostado en la cama, despierto, pensando en la posibilidad real de que las interrupciones de la cadena de abastecimiento causen una escasez de alimentos, mientras que a la vez siento un pequeño alivio al recordar que en la alacena tengo dos kilos de arroz blanco. Cuando cocino una taza de ese arroz, y la comemos, me agrada y me reconforta la sensación de saciedad que me provoca. Eso, tal vez combinado con una lata de porotos negros y un poco de sal, basta para hacerme feliz. Mientras estoy comiendo, a menudo pienso en las razones que expuso Kant —en su *Crítica del juicio*, de 1790— para excluir las experiencias culinarias de la categoría estética. Cuando decimos “Ese cuadro es hermoso”, buscamos, con o sin razón, un acuerdo universal para nuestro juicio. En contraste, cuando digo “Qué agradable es mi arroz con porotos”, sé que eso me incumbe solo a mí. Sin embargo, también sé que las creaciones del culto al “gourmetismo” son en su mayor parte agradables solo para los miembros del culto, quienes a su vez no están en posición alguna de reclamar mi acuerdo con sus juicios. Así que, hasta aquí, Kant tiene razón: la gastronomía no es un arte. Y yo agregaría que hay algo descompensado en una cultura que exalta el discurso sobre la comida —en los programas de “televisión realidad”, en las secciones sobre el “estilo de vida” que publican los medios textuales— a la vez que deja de lado hasta el cultivo más elemental del poder del juicio estético dirigido a las obras de arte visual. Mientras por el momento no se nos permite entrar en los museos ni en los restaurantes, el cierre temporario de los segundos podría ayudarnos a retornar la comida al lugar que le corresponde en nuestros pensamientos: un placer necesario, tan bueno en sus formas más simples y comunes como en las más complejas y refinadas, tan bueno cuando no hablamos de él como cuando lo hacemos.

Traigo a colación estas viñetas de nuestra vida transformada en la era del coronavirus solo porque se cuentan entre los ejemplos que amenizan *Irracionalidad* en diversos momentos, como ayuda para iluminar la condición cognitiva, moral, social y política de la que trata el libro y que le da su título. He insistido en que no puede haber una definición única del término en cuestión, una definición que capte todas sus instancias; por el

contrario, la mejor manera de estudiar el concepto es la consideración de varias instancias representativas. Perdernos en concentraciones políticas, conciertos de rock o tribunas deportivas; elegir el espíritu comunitario y la senda de la muerte en desmedro de la utilidad individual maximizada; sumergirnos en los modales para la mesa u otros rituales absurdos y culturalmente específicos que nos permiten excluir todo pensamiento relacionado con la muerte: aunque muy distintas entre sí, e incluso mutuamente opuestas en algunos casos, todas estas instancias se consideran expresiones de la irracionalidad en diferentes contextos.

En las actuales circunstancias, no resulta fácil mantenerse exclusivamente fiel a la visión de la buena vida como el curso de acción que maximiza los beneficios individuales a largo plazo: el curso de acción que nos permite alargar la vida e incrementar la riqueza. En tal sentido, resulta difícil no simpatizar en cierto modo con el fanático que ve con buenos ojos su propia muerte. De más está decir que la mayoría de nosotros aún conserva la racionalidad necesaria para cumplir lo mejor posible con las reglas del distanciamiento social, y en general hacemos todo lo que esté a nuestro alcance para tratar de seguir adelante y mantenernos vivos. Pero también muchos de nosotros, en este período de suspensión, nos hemos percatado de la futilidad de nuestros objetivos a largo plazo, de la imposibilidad, dada la incertidumbre inherente a nuestro futuro, de mantener invariada la concepción de la buena vida que hemos sostenido durante largo tiempo. ¿Podremos seguir escribiendo libros y hablando de Aristóteles, Leibniz y Kant al frente de clases repletas de estudiantes? Hay una buena chance de que yo no lo haga, dada la confluencia de factores epidemiológicos y económicos que pueden aunarse para transformar más allá de lo imaginable la industria editorial y la educación superior en los años por venir.

Las instituciones que hoy vemos sustancialmente debilitadas por la pandemia no son solo aquellas cuya existencia yo siempre lamenté —como los estadios deportivos y los restaurantes con estrellas Michelin—, sino también las que siempre amé, como los teatros, los museos, las bibliotecas y las universidades. Y así, en esta suspensión incierta, lo que ocurre es que muchos de nosotros —indudablemente incluido yo— seguimos haciendo lo que hemos hecho siempre, hasta donde las circunstancias lo permitan,

pero advertimos, mientras lo hacemos, que se ha disipado la idea de las futuras recompensas, de premios e incrementos de salarios y otros galardones, y que lo único que queda en pie es el amor por el trabajo. También tenemos la sensación, durante este período de pausa, de que es así como uno debería haber encarado siempre el trabajo de su vida, no recolectando premios como estridentes medallas en la pechera de un general, sino pensando las cosas en toda su profundidad, solo por amor al pensamiento en sí. En este calmo trabajo, uno oye a la distancia el eco del evangelio de San Mateo, donde Cristo dice de los hombres que buscan vanos galardones por sus actos terrenales: “Ya han recibido su recompensa”.

Pero hay que reconocerlo: este trabajo por el trabajo en sí, indiferente a las recompensas terrenales o a la utilidad esperada, nos coloca en un estado mental no muy diferente del que recomienda el pastor Spell. Aun cuando no miremos con beneplácito la muerte, en las actuales circunstancias resulta muchísimo más difícil concebir la buena vida como una maximización de beneficios mensurables durante el período de tiempo más largo posible. Puede que no tengamos demasiado futuro, y aun así muchos de nosotros estamos advirtiendo que la vida es buena. La racionalidad, tal como se la entiende usualmente, está de vacaciones, lo cual implica que aquellos de nosotros que antes nos ateníamos a ella con demasiada rigidez estamos experimentando una suerte de serenidad, mientras que quienes siempre la denostaron —el pastor Spell, el presidente Trump y tantos otros— pueden redoblar a voluntad la intensidad de los cultos a la muerte que lideran.

Cada período histórico nos brinda oportunidades nuevas y únicas de entender el equilibrio entre la racionalidad y la irracionalidad, y la era del coronavirus dista de ser una excepción. Tal como demuestro en *Irracionalidad*, además, *siempre* hay un equilibrio, un equilibrio extremadamente delicado, entre estos dos polos magnéticos de la vida humana.

Brooklyn, 15 de abril de 2020

Preámbulo.
Asesinato de un matemático

GOLFO DE TARANTO, siglo V a. C. Mantuvieron su cabeza hundida en el mar hasta arrancarle el último aliento. Los cuatro habían sido elegidos por el líder en persona, entre los miembros menos instruidos de la secta: hombres fornidos que compensaban su incapacidad para comprender las matemáticas con una fervorosa vigilancia de la lealtad. Tenían instrucciones de esperar hasta que la pobre víctima se hubiera asomado por un costado del barco a levantar las redes, y no aflojar hasta ver que sus piernas y sus brazos hubieran dejado de sacudirse. Sin la menor sospecha de lo que iba a suceder, el hombre pasó directamente de sus ávidos pensamientos sobre los lucios y las lisas que aparecerían apenas él comenzara a izar las cho-reantes cuerdas hacia la cubierta a la horripilante visión de la muerte.

Los secretos de la secta no se revelan, menos aún cuando socavan los cimientos que la sostienen. Pero eso era justamente lo que había hecho Hípaso. Se corrió la voz, entre aquellos que no llevan la toga, entre aquellos que se ríen de los pitagóricos, acerca de un pequeño problema con —por así decir— la coherencia de las cosas. El principio del mundo no podía ser el número, la proporción, la ratio —la razón— porque, tal como habían comenzado a decir estos hombres, las matemáticas estaban podridas desde dentro. Si el mundo estaba hecho de números, no podía sino ser tan irracional como ellos. Eso era lo que la secta había descubierto recientemente, al comprobar que la diagonal de un cuadrado es inconmensurable con su lado. Quienes trataran de calcularla, terminarían con una serie de decimales sin un final natural. ¿Cómo podía ocurrir algo así? Si no había un dato

fáctico que permitiera determinarlo, ¿cómo era posible que ese número caracterizara a un objeto particular del mundo? No, eso estaba mal. Era irracional. Quien lo revelara ante los legos debía morir.

* * *

Jámblico es quien nos lega la primera versión de esta leyenda: el ahogamiento de Hípaso de Metaponto, un filósofo pitagórico cuyo breve florecimiento tuvo lugar alrededor de cien años antes de Sócrates. El primero en registrar la leyenda, siete siglos después del momento en cuestión, nos cuenta que Hípaso fue arrojado al mar, no por sus compañeros de secta, sino por los dioses, y al parecer cree que esto no se debió al delito de divulgar la naturaleza de la irracionalidad, sino que más bien fue un castigo por enseñar a personas ajenas a la secta el menos controvertido arte de inscribir un dodecaedro en una esfera.¹ Cientos de años después de Jámblico, en el siglo IV d. C., Papo de Alejandría parece ser el primero en sugerir, a casi mil años de los hechos, que Hípaso fue asesinado intencionalmente por revelar el misterio que rodeaba a la diagonal del cuadrado.² Lo más probable es que nada de esto haya sucedido jamás, pero, tal como ocurre con toda buena leyenda, no es necesario que lo relatado haya sido real para transmitir su enseñanza profunda.

Los paralelismos mitológicos de esta historia son numerosos, pero resulta difícil no pensarla como una suerte de analogía filosófica de la escena inicial que eligió Stanley Kubrick para su película *2001: Odisea del espacio* (1968), en la que una criatura protohumana descubre el poder de usar un hueso como arma, primero para matar a un humilde tapir, y después para dominar o matar a sus congéneres y rivales homínidos. Los descubrimientos científicos, las innovaciones tecnológicas, los logros cognitivos: todos ellos marcan avances de la racionalidad humana, aun cuando también, por regla general, sirvan como motor de una nueva violencia, en la medida en

¹ Jámblico, *Life of Pythagoras*, Londres, 1818, p. 65 [trad. esp.: *Vida pitagórica - Protréptico*, intr. y notas de Miguel Periago Lorente, Madrid, Gredos, 2003].

² William Thomson, *The Commentary of Pappus on Book X of Euclid's Elements*, ed. y trad. de William Thomson, Cambridge (MA), Harvard University Press, 1930.

que proveen los medios necesarios para recrearla de formas que el mundo había desconocido hasta ese momento. La racionalidad y la brutalidad, entonces, son los polos opuestos gemelos de la historia humana, y cada innovación sucesiva —el hueso como arma, el control del fuego, la escritura, la pólvora, Internet— incrementa las reservas de ambas. En los dos casos esencialmente ficticios que hemos evocado, el de los homínidos y el de los antiguos griegos, un descubrimiento significativo del protagonista conduce a su perdición, o bien a la nuestra. Este descubrimiento se representa a veces en el mito como la apertura de una caja externa (por ejemplo, la caja de Pandora), pero sería más apropiado imaginarlo como un acontecimiento interno, como una epifanía o un avance sin precedentes, luego del cual nada vuelve a ser lo mismo.

Un nuevo poder trae aparejados nuevos peligros, así como nuevas ocasiones para la violencia. La historia de la ciencia y la tecnología es una fuente inagotable de ejemplos similares, de maravillosos descubrimientos teóricos que, a su vez, dieron comienzo a nuevos capítulos de la destructividad humana. He ahí el trágico arco de la ciencia que discierne James Merrill en su poema *The Changing Light at Sandover*, donde escribe sobre los “poderes esenciales de la materia” que “hemos despertado abriéndonos paso entre sus espinas”, y que

abrirán ojos malignos, antes inertes,
a novedosas fórmulas de megamuerte.³

Este último término,* que poco después inspiraría el nombre de una conocida banda de heavy metal, es en verdad una unidad de medida que designa un millón de muertes humanas causadas por una explosión nuclear. A juicio de Merrill, la posibilidad de reconocer verdaderamente estas unidades solo puede ir de la mano con nuestro deseo de indagar las profundidades de la naturaleza para comprender su funcionamiento por vía de la razón. Utilización de herramientas, geometría, física teórica: todas ellas

³ James Merrill, *The Changing Light at Sandover*, Nueva York, Knopf, 1982, p. 55. [N. de la T.: traducción propia].

* *Megadeath* en el original inglés. [N. de la T.]

parecen asemejarse en el hecho de que han despertado lo mejor y lo peor de nosotros. Al mismo tiempo, una sobria evaluación de la historia humana no sugiere progreso ni degeneración, sino más bien un eterno equilibrio entre la solución y la creación de problemas. Las ocasiones para emplear las facultades más exaltadas de la mente humana también han sido ocasiones para hacer alarde de fuerza y, cuando esto no basta, para la descarga de golpes.

El caso de Hípasso, en la versión de Papo, es en cierto modo uno más en esta larga y repetitiva historia, pero también hay en él un aspecto especial que lo distingue del resto. Los descubrimientos que nos dieron las armas nucleares no revelan algo irracional en el funcionamiento del mundo; nosotros ya sabíamos que el mundo estaba hecho de muchas cosas demasiado calientes o demasiado frías, demasiado corrosivas o dañinas, para ser compatibles con la vida humana. Estos descubrimientos solo sirvieron para brindar nuevas oportunidades de agredirnos unos a otros, e incluso a mayor escala. El descubrimiento de los números irracionales es más desgarrador, en la medida en que involucra a un grupo de individuos (los pitagóricos) inmersos en una suerte de culto a la racionalidad cuya expresión suprema es el estudio de las matemáticas, que cometen la torpeza de permitir que salga a la luz la irracionalidad esencial del objeto que veneran, circunstancia que desencadena como resultado una violencia irracional contra uno de los suyos. Esta sucesión de pasos nos arranca de la historia de la ciencia y la tecnología en sentido estricto, para lanzarnos a una historia social y política cuyos capítulos a menudo se caracterizan por el siguiente tipo de secuencia dialéctica: de la adhesión a un ideal al descubrimiento de una cepa inextirpable de algo antitético a ese ideal dentro del grupo y, desde allí, por último, al descenso hasta la cosa opuesta.

He ahí la historia de la racionalidad, y por ende también la de su hermana gemela, la irracionalidad: exaltación de la razón, aparejada al deseo de erradicar su opuesto; la inevitable resiliencia de la irracionalidad en la vida humana, incluso, y tal vez especialmente –o al menos de una manera especialmente problemática– en los movimientos que se proponen eliminar la irracionalidad; y, por último, el descenso hacia la autoinmolación irracional de las propias corrientes de pensamiento y de organización social que se habían establecido como baluartes contra la irracionalidad. A

nivel individual, la irracionalidad se manifiesta en forma de sueños, emoción, pasión, deseo o afecto, acentuada por las drogas, el alcohol, la meditación; a nivel social, se expresa como religión, misticismo, narraciones, teoría conspirativa, hinchadas deportivas, disturbios, retórica, manifestaciones masivas, sexualidad que escapa a sus roles prescritos, música que rompe con las notas de la partitura para cobrar vida propia. La irracionalidad abarca la mayor parte de la vida humana, y probablemente haya gobernado la mayor parte de la historia humana. Tal vez haya reinado siempre, mientras que los períodos históricos durante los cuales los seres humanos se convencen a sí mismos de que han logrado mantenerla a raya son en verdad escasos e infrecuentes.

Introducción

GEMELA DE LA RAZÓN

Durante los últimos milenios, muchos seres humanos han depositado la esperanza de elevarse por encima del desastre en el que hemos nacido —el desastre de la guerra y la violencia, el dolor de las pasiones insatisfechas o de las pasiones satisfechas por demás, la degradación de vivir como bestias— en una única facultad, que, según se rumorea, está presente en todos los miembros de la especie humana, y solo en los miembros de la especie humana. Esta facultad se conoce por el nombre de “racionalidad” o “razón”. Suele decirse que fue descubierta en la Antigua Grecia, para luego ascender a un estatus casi divino a principios de la modernidad europea. Tal vez no haya un emblema más grande de este culto moderno que los “templos de la razón”, establecidos por un tiempo en las iglesias católicas que había confiscado la Revolución Francesa de 1789. Esta reconversión de los augustos templos religiosos medievales, al mismo tiempo, arroja luz sobre lo que muy bien puede ser una contradicción inextirpable en el esfuerzo humano de vivir en conformidad con la razón, así como de modelar la sociedad humana sobre la base de principios racionales. Hay algo de absurdo, o en verdad de irracional, en la idea de dar a la razón sus propios templos. ¿Qué se supone que debemos hacer en ellos? ¿Orar? ¿Inclinarnos? ¿No son estas acaso las mismas prosternaciones que habían hecho antes los fieles en las iglesias, y de las que supuestamente nos habíamos liberado?

Cualquier triunfo de la razón –posiblemente se espere de nosotros que entendamos en estos días– es temporario y reversible. Cualquier esfuerzo utópico por establecer un orden permanente, por desterrar el extremismo, por asegurar una vida tranquila y confortable para todos los miembros de una sociedad construida sobre principios racionales está condenado al fracaso desde el comienzo. El problema es también de evidente índole dialéctica, en cuyo marco la cosa deseada contiene su opuesto, y todo intento serio de construir la sociedad sobre cimientos racionales desencadena tarde o temprano, como si obedeciera a alguna ley de la naturaleza, una erupción de violencia irracional. Al parecer, cuanto más luchamos por la razón, más recaemos en la sinrazón. El deseo de imponer la racionalidad, de volver más racionales a las personas o a la sociedad, muta por regla general en espectaculares explosiones de irracionalidad. O bien detona como reacción un irracionalismo romántico, o bien induce en sus más fervorosos promotores la incoherente idea según la cual la racionalidad puede ser impuesta por la fuerza, o bien por el dominio que ejercen los escasos iluminados sobre las masas incultas.

Este libro procede a través de abundantes ejemplos y de lo que se espera que funcione como ornamentación instructiva, pero el argumento esencial es simple: apunta a demostrar que es irracional tratar de eliminar la irracionalidad, tanto en la sociedad como en el ejercicio de nuestras facultades mentales a nivel individual. Cuando se intenta tal eliminación, el resultado es lo que el historiador francés Paul Hazard memorablemente dio en llamar *la Raison aggressive*, es decir, “la Razón agresiva”.¹

DE LA ILUSTRACIÓN AL MITO

En su monumental *Dialéctica de la ilustración* (1944), Theodor Adorno y Max Horkheimer describen con persuasivo detalle la continua oscilación entre los polos de la racionalidad y la irracionalidad: el giro agresivo que

¹ Paul Hazard, *La crise de la conscience européenne, 1680-1715* [1935], París, Fayard, 1961, p. 117 [trad. esp.: *La crisis de la conciencia europea (1680-1715)*, trad. de Julián Marías, Madrid, Alianza Universidad, 1988, p. 107].

acomete la razón, como resultado del cual se transforma en su fuerza contraria.² Compuesto durante el exilio californiano de los autores, mientras la guerra del régimen nazi asolaba su tierra natal y, en gran medida, destruía la civilización que los había formado, el relato de Adorno y Horkheimer no necesita repetición ni es pasible de mejora. Ambos autores alemanes se interesan especialmente por el modo en que “la Ilustración recae en mitología”, es decir, por el modo en que una filosofía social basada en el perfeccionamiento y la aplicación de la razón, como solución a los problemas de la sociedad para beneficio de todos, puede virar en fascismo o endurecerse hasta adquirir esa forma: la de una ideología política que no entraña un ejercicio real de la razón, sino que se limita a aplicar la fuerza bruta, así como a manipular a las mayorías para beneficio de unos pocos.

Hemos recorrido un largo camino desde 1944. Adorno y Horkheimer fueron prescientes y conservan su relevancia, pero también hay muchas cosas que no pudieron anticipar. El marxismo sigue siendo una herramienta analítica valiosa para los académicos que intentan comprender el curso de la historia mundial. Los movimientos revolucionarios que apuntan a una redistribución económica radical también continúan ejerciendo su atractivo para mucha gente de todo el mundo, aun cuando el primer gran intento de instaurar el socialismo a través de la revolución haya colapsado antes de que el siglo xx llegara a su fin. A principios del siglo xxi aún bregamos por comprender el nuevo fenómeno del trumpismo-putinismo, que a todas luces no tiene precedentes en lo que concierne a su nebulosidad ideológica, pero también parece augurar el final (o al menos una crisis posiblemente fatídica) de la democracia liberal, que hasta esta reciente era había tenido su baluarte, como aspiración e ideal, en Estados Unidos.

Adorno y Horkheimer son reconocidos por haber predicho que el arco de la ideología política liberal reinante a mediados del siglo xx —que a su juicio se hacía pasar por una ausencia de ideología— tendía naturalmente hacia el fascismo. Asimismo, algunos autores recientes han argumentado

² Theodor W. Adorno y Max Horkheimer, *Dialectic of Enlightenment* [1944], Londres, Verso, 1997 [trad. esp.: *Dialéctica de la Ilustración*, trad. de Juan José Sánchez, 3ª ed., Madrid, Trotta, 1998].

que la actual oleada de populismo global, cuya inflexión estadounidense está marcada por el ascenso de Donald Trump, es la sencilla e inevitable conclusión de un proceso. La democracia liberal muda la piel, y lo que emerge por debajo se identifica de manera diversa con la escurridiza serpiente del fascismo, o bien con la culebrita jardinera del nacionalismo populista: las dos alternativas que habían augurado hacía varias décadas dos incisivos marxistas alemanes durante un extraño y soleado exilio. Trump pretende ser un sucesor de Washington, Jefferson y Lincoln, pero no comparte en absoluto sus intereses. El imperativo de “devolver a Estados Unidos su grandeza”^{*} se apuntala en una mitología del pasado nacional que es incompatible con la Ilustración, es decir, con el conocimiento de quiénes somos y de dónde hemos venido. La fórmula de Adorno y Horkheimer, entonces, se ha hecho realidad: la Ilustración ha recaído en mitología. Los autores alemanes interpretaron esto como un problema inherente a la Ilustración, pero, como veremos en los capítulos que siguen, hay otras explicaciones posibles.

Sea como fuere, no sé si puede decirse a ciencia cierta que Trump sea por sí mismo un ideólogo antiilustrado. No parece estar dotado de la claridad ni de la madurez que requiere un compromiso tan bien definido. Sin embargo, se ha rodeado de ideólogos que cumplen con ambos requisitos, gracias a cuyo apoyo ha podido devenir, si no en un agente irracional de la antiilustración, al menos en un vector subracional de esa corriente. Su ascenso coincide históricamente con la aparición, en el paisaje intelectual, de muchos autores y personalidades que articulan críticas claras y coherentes a los compromisos centrales de la filosofía ilustrada. Podemos resumir así dichos compromisos: en primer lugar, que todos poseemos la facultad de la razón, gracias a la cual somos capaces de conocernos a nosotros mismos, así como de identificar el lugar que ocupamos en los mundos de la naturaleza y de la sociedad; en segundo lugar, que la mejor organización social es aquella que nos permite usar libremente la razón, tanto para prosperar en calidad de individuos como para contribuir a

^{*} El eslogan del trumpismo, “Make America Great Again” (abreviado MAGA), se traduce literalmente por “Hacer grande otra vez a Estados Unidos”, o bien, de una manera más natural en español, “Devolver a Estados Unidos su grandeza”. [N. de la T.]

nuestro modo al bien de la sociedad. Cabría hacer algunas revisiones que agregaran un detalle más fino, pero por ahora nos basta y nos sobra con esta definición improvisada de la Ilustración. En particular, dicha definición nos basta para identificar lo que hoy se encuentra bajo ataque con el advenimiento de Trump, Vladímir Putin y sus epígonos; con los nuevos ricos de Silicon Valley que promueven una cultura de valores postilustrados y posdemocráticos, a veces a conciencia, a veces sin darse cuenta; y con varios pensadores que, por ahora, logran posicionarse en nuestro paisaje intelectual como “provocadores” mediante el rechazo de aspiraciones sociales que hemos atesorado durante largo tiempo, como la igualdad y la participación democrática.

La dialéctica de la ilustración —y aquí no me refiero al libro, sino al proceso— ha sido estudiada a fondo, y no solo por marxistas. Hasta el pensador neoconservador francés Pascal Bruckner argumentó ya en 1995 que el individualismo tiene al tribalismo como destinación lógica final, debido a que, en una sociedad erigida sobre la libertad individual, “al ganar la libertad, [el individuo] también ha perdido la seguridad”.³ De ahí la transformación que hemos presenciado en personajes tales como el joven *hacker* digital y el viejo hacendado ganadero, que alrededor de 2008 se autoproclamaban libertarios, pero que hacia 2016 ya estaban dispuestos a alistarse en una suerte de culto estatista-nacionalista de la personalidad.

Fue el filósofo liberal Isaiah Berlin quien popularizó el término “*counter-Enlightenment*” [contrailustración] en un artículo de 1973. Tal como señala Zeev Sternhell, el término equivalente en alemán —*Gegen-Aufklärung*— apareció por primera vez en la obra de Friedrich Nietzsche, y ya se había difundido en Alemania hacia principios del siglo xx. El propio Sternhell, un historiador liberal de las ideas, publicó en 2006 su importante estudio *The Anti-Enlightenment Tradition*, donde detalla la importancia de figuras tales como Edmund Burke y J. G. Herder para la historia del pensamiento político moderno. De acuerdo con Sternhell, las dos tendencias nacen juntas en el siglo xviii, un período que marca “no solo el nacimiento de la moder-

³ Pascal Bruckner, *The Temptation of Innocence. Living in the Age of Entitlement* [1995], Nueva York, Algora Publishing, 2007, p. 19 [trad. esp.: *La tentación de la inocencia*, trad. de Thomas Kauf, Barcelona, Anagrama, 1996, p. 22].

nidad racionalista, sino también su antítesis”.⁴ La identificación de la tesis y la antítesis como fenómenos de aparición conjunta, tanto en sentido histórico como a nivel conceptual, equivale a ver la contrailustración, no tanto como la tendencia opuesta a la Ilustración, sino más bien como su hermana gemela, así como a ver la sinrazón no tanto como la tendencia opuesta a la razón, sino más bien como el lado oscuro de una totalidad unificada e indivisible.

Tal como señala Sternhell, la contrailustración –tanto en calidad de movimiento como de sensibilidad– preexistió por mucho a su bautismo. Sternhell ve al pensador napolitano Giambattista Vico, de principios del siglo XVIII, como el primero en articular una visión del mundo que valora lo irreductiblemente individual, en oposición exacta a lo que pronto se conocería como el énfasis de la Ilustración en la universalidad. En su taxonomía de las personalidades situadas a uno y otro lado de la línea divisoria entre Ilustración y antiilustración, Sternhell es por momentos idiosincrático, tal como cabría esperar de semejante intento. Por ejemplo, identifica a Jean-Jacques Rousseau como figura central de la Ilustración francesa. Más recientemente, en su exitosa obra *La edad de la ira. Una historia del presente*, Pankaj Mishra contrasta el paradigmático pensamiento ilustrado de Voltaire con el particularismo rousseauiano como su opuesto. Emblemáticos de sus respectivas posturas, dice Mishra, son los pronunciamientos de sendos pensadores en relación con el derecho de Polonia a la autodeterminación nacional. Voltaire, a servicio y sueldo de la emperatriz Catalina de Rusia, creía que los polacos eran un pueblo irreversiblemente atrasado e ignorante, condición que ayudaba a justificar la potencial conquista militar de Polonia por parte del Imperio Ruso. Era necesario imponerles la Ilustración por la fuerza, pensaba Voltaire.

Rousseau, por el contrario, en sus *Consideraciones sobre el gobierno de Polonia*, escritas cuando despuntaba la década de 1770, argumentó que Polonia debía mantener sus costumbres nacionales en lugar de dejarse absorber por una cultura paneuropea homogeneizada. La nación que lograra esta

⁴ Zeev Sternhell, *Les anti-Lumières. Une tradition du XVIII^e siècle à la guerre froide*, París, Fayard, 2006, p. 17; publicado en inglés como *The Anti-Enlightenment Tradition*, trad. de David Maisel, New Haven (CT), Yale University Press, 2009.

suerte de resistencia cultural, creía Rousseau, no podría ser jamás totalmente sometida ni aniquilada, ni siquiera bajo la dominación política de un poder extranjero. “Asegúrense de que ningún polaco pueda convertirse en ruso —escribe el filósofo— y les garantizo que Rusia no subyugará a Polonia”.⁵ Mishra analiza las respectivas posiciones de Voltaire y Rousseau como puntos de partida para dos linajes muy diferentes del pensamiento moderno. El celo de Voltaire por extender la Ilustración a la fuerza, aparejado a su creencia según la cual hay en verdad una sola manera de hacer las cosas bien, es decir, una sola norma universal para la organización correcta de toda sociedad, tendría entre sus descendientes más actuales a los fallidos aventureros neoconservadores que lideraron la invasión de Irak en 2003. Rousseau, por su parte, es el ancestro de las fuerzas contrahegemónicas que oponen resistencia al imperialismo y al globalismo universalistas de los siglos xx y xxi, tales como el fundamentalismo islámico y las variedades populistas que condujeron al Brexit y al triunfo electoral de Donald Trump.

La Ilustración ha vuelto a ocupar el foco de la atención pública en Estados Unidos durante los últimos años, promovida y celebrada por pensadores y comentaristas que se resisten tanto al canto de sirena del populismo de derecha, como al identitarismo indignado, es decir, al repliegue hacia grupos identitarios y la correspondiente preocupación por las jerarquías de privilegio que han emergido en la izquierda, en particular entre muchos estudiantes universitarios estadounidenses. Algunos pensadores que rechazan ambos polos opuestos los describen como expresiones enantiomórficas de la misma oposición antiliberal a la razón y a la autonomía del individuo, mientras insisten en la importancia de lo que hoy suele identificarse como “centrismo radical”. El psicólogo Steven Pinker se destaca por el mérito de haber percibido que, en el actual momento histórico, caracterizado por una extendida —y en general irreflexiva— desestimación del legado ilustrado, tanto por izquierda como por derecha, ha llegado la hora de reevaluar y defender las verdaderas contribuciones de la Ilustración al progreso humano. En su libro *En defensa de la Ilustración. Por la*

⁵ Pankaj Mishra, *Age of Anger. A History of the present*, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 2017, p. 147 [trad. esp.: *La edad de la ira. Una historia del presente*, trad. de Eva Rodríguez Halffter y Gabriel Vázquez Rodríguez, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2017].

razón, la ciencia, el humanismo y el progreso, de 2018, Pinker identifica numerosos aspectos defendibles.⁶ Sin embargo, algunos críticos le han achacado con razón el error de confundir la filosofía ilustrada con la racionalidad científica, aun cuando los archivos históricos demuestran con claridad que los filósofos canónicos de la Ilustración tendieron a valorar en gran medida el papel de los sentimientos y las pasiones como guías para el comportamiento a lo largo de nuestra vida, mientras advertían acerca de los numerosos peligros que acarrearía la subordinación a la facultad de la razón como autoridad suprema.

Una crítica menos común –pero no por ello menos seria– a la obra de Pinker tiene que ver con su evidente falta de sensibilidad a lo que hemos identificado como “dialéctica de la Ilustración”. Pinker apenas menciona a Adorno y Horkheimer, lo cual en sí mismo no es necesariamente un error. Lo que sí es erróneo, sin embargo, es la presunción injustificada según la cual el modo en que la Ilustración contiene a su opuesto no merece un análisis serio en un libro que apunta a reivindicar los legados políticos y filosóficos de aquella era para el mundo actual. La minimización de este aspecto implica una incapacidad para lidiar seriamente con esa suerte de mutación del liberalismo en fascismo que tanto interesó a Adorno y Horkheimer desde su óptica de izquierda. También deja al defensor de la Ilustración sin argumentos para dar cuenta de las evidentes hipocresías y limitaciones inherentes al discurso ilustrado: por ejemplo, la negativa de quienes defendían la *Declaración Universal de los Derechos del Hombre y del Ciudadano*, de 1791, a aceptar la réplica feminista de Olympe de Gouges, la *Declaración de los Derechos de la Mujer y de la Ciudadana*; o bien la negativa de muchos revolucionarios franceses a reconocer que sus valores inspiradores también podían acelerar la revuelta de los esclavos en Santo Domingo. Hay argumentos sólidos para demostrar que estas no son meras fallas técnicas dentro de un programa bien ideado en líneas generales, sino que, por el contrario, las vías a través de las cuales la Ilustración se contradice y se socava a sí misma han sido componentes intrínsecos del proyecto

⁶ Steven Pinker, *Enlightenment Now. Reason, Science, Humanism, and Progress*, Nueva York, Penguin Random House, 2018 [trad. esp.: *En defensa de la Ilustración. Por la razón, la ciencia, el humanismo y el progreso*, trad. de Pablo Hermida Lazcano, Barcelona, Paidós, 2018].

desde sus inicios. Aun cuando se rechacen estos argumentos, lo cierto es que no provienen de los márgenes y merecen una atención apropiada.

Mucho más río abajo de la Ilustración nos encontramos con Jordan B. Peterson, una figura que ha aparecido recientemente en la escena cultural estadounidense casi como si se hubiera propuesto ilustrar para nosotros la tesis de Adorno y Horkheimer. Aunque Peterson se identifica a sí mismo como “liberal clásico”, los seguidores que ha congregado podrían entenderse mejor como la solidificación de un identitarismo para jóvenes descontentos de sexo masculino. Este identitarismo es un vívido reflejo inverso del que se promueve desde lo que algunos denominan izquierda “interseccional”, o desde los rincones de Internet que se identifican como “*woke*”, es decir, alertas –o tal vez hiperalertas– a las maneras en que el racismo, el sexismo y otras formas de opresión estructuran la realidad social cotidiana y definen el rango experiencial de cada persona, ya sea de manera consciente o inconsciente. Efectivamente excluidos de estos círculos “despiertos” (a menos que estuvieran dispuestos a asumir el papel sumiso y empalagoso de “aliados”), los seguidores de Peterson se agruparon en torno a él para dar rienda suelta a su resentimiento y abreviar en una recién descubierta conciencia identitaria que podían reclamar como propia. Tal vez no sea lícito culpar a Peterson de la multitud que él mismo atrae; sin embargo, incluso por mérito propio, su reivindicación como sucesor de la Ilustración no hace demasiado honor a lo que en realidad fue la Ilustración ni a las numerosas y complejas ramificaciones de su legado. Una de las constantes preocupaciones que expresa Peterson gira en torno a los estragos que provocó el comunismo estatal del siglo xx. A diferencia de Adorno y Horkheimer, que presentan el fascismo como término dialécticamente opuesto a la Ilustración, Peterson interpreta el autoritarismo de izquierda como oposición simple y directa –es decir, no dialéctica– a la filosofía política y social de la que se proclama partidario. Lo que aquí se pasa por alto, obviamente, es el hecho de que las diversas revoluciones de trabajadores y campesinos que tuvieron lugar a lo largo del siglo xx –desde los bolcheviques de 1917 hasta el régimen genocida camboyano que surgió a fines de los años setenta– tienen un vínculo real con la filosofía articulada en la *Declaración Universal* de 1791, que puede verse como una destilación del espíritu filosófico ilustrado. No digo esto con el propósito

de denostar a la Ilustración por habernos legado a los jemerres rojos, sino solo en aras de reconocer algo que debería ser obvio: la imposibilidad de tomar en serio a quienes se proclaman herederos de la Ilustración sin reconocer a todos los otros herederos descarriados, por mucha que sea la distancia que los separe de ellos. La Ilustración bien vale una defensa, pero también es suficientemente “problemática” –tal como se le ha dado por decir a la izquierda iliberal– como para obligar a sus defensores serios a dar cuenta de todas sus *dérives*, de todas las maneras en que no ha logrado hacer honor a su propia visión del potencial humano.

EL MOMENTO PRESENTE

Dado que este es un libro y no un posteo de redes sociales, no parece conveniente hacer demasiado hincapié en figuras que pueden muy bien haber regresado a la oscuridad –de la que habían emergido brevemente solo gracias al poder de los cliques– durante los meses transcurridos entre la entrega final del manuscrito y su salida de la imprenta. En consecuencia, haremos bien en tratar de apegarnos a las fuentes que por ahora nos parezcan seguramente canónicas. Como quiera que dividan las cosas nuestros autores canónicos, y cualquiera que sea la orientación política subyacente a su historiografía, Adorno y Horkheimer, Berlin, Sternhell, Mishra y otros sostienen y demuestran persuasivamente que la historia del pensamiento moderno se ha caracterizado por una tensión básica entre el universalismo y el particularismo: entre quienes creen que la humanidad tiene un solo destino debido a una naturaleza que comparten igualitariamente todos los pueblos, y quienes creen que cada grupo tiene un *Sonderweg*, es decir, una senda particular que impide traducir a otros contextos lo que es correcto y apropiado para sus miembros, e imposibilita la confección de un sistema jerárquico que permita comparar o clasificar los logros de un grupo en relación con los de otros. No me propongo recitar una vez más esta conocida historia, aun cuando sea inevitable que nuestros intereses se crucen de maneras significativas con los de quienes la han recitado tan bien. Los historiadores de la Ilustración y la contrailustración se han interesado típicamente por las teorías que apuntan a determinar los mejores valores e ideales alre-

Irracionalidad. Una historia del lado oscuro de la razón,
de Justin E. H. Smith, se terminó de imprimir en el mes de octubre de 2021
en Buenos Aires Print, Sarmiento 459, Lanús, Buenos Aires, Argentina.
La tirada fue de 3.500 ejemplares.



Irracionalidad es un relato ambicioso y cautivante que echa luz sobre la sinrazón en un momento en que el mundo parece haberse vuelto loco.

En esta historia de la irracionalidad de la Antigüedad a nuestros días, desde el asesinato de Hípaso de Metaponto en el siglo V a. C. por revelar el secreto de los números irracionales hasta el modo en que las fuerzas de la agresión y el caos han cooptado Internet, Justin E. H. Smith sostiene que la irracionalidad constituye la mayor parte de la vida humana. Desafiando el pensamiento convencional sobre temas como la lógica, los sueños, el arte, la ciencia y la pseudociencia, la Ilustración, los chistes y las mentiras, y la muerte, demuestra que el triunfo de la razón es siempre transitorio y reversible. En un ciclo sin fin, lo racional da origen a lo irracional y viceversa, por lo que todo esfuerzo por establecer las cosas en orden de manera permanente tarde o temprano terminará en una explosión de insensatez. Por eso, es irracional intentar eliminar la irracionalidad: se trata de una característica ineludible de la vida.

Irracionalidad es único [...] al conjugar una defensa resuelta de la razón con un reconocimiento de cuán vanas tienden a ser tales defensas. Como revela con destreza Smith, dondequiera que se mire en la historia de la filosofía occidental, la racionalidad es perseguida y turbada por su otra cara.

WILLIAM DAVIES, *London Review of Books*

Smith es un excelente dramaturgo de esta dialéctica, un guía agudo y provocativo que conduce al lector a través de capítulos sobre lógica, pseudociencia y muerte, con una voz distintiva y un ingenio notable.

JONATHAN EGID, *The Times Literary Supplement*

Irracionalidad está punteado con fascinantes meditaciones y viñetas.

KWAME ANTHONY APPIAH, *The New York Review of Books*

